

**DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat**  
**28 de enero de 2018**  
**Dt 18,15-20 / 1 Cor 7,32-35 / Mc 1,21-28**

En una entrevista hace unos 25 años a creyentes diversos, un importante político español se declaró creyente y al preguntarle si había tenido alguna experiencia religiosa dijo: "No. Tampoco la espero ni experimenta ningún deseo de tenerla". Sin entrar en la fe personal de otra persona o en aproximaciones diferentes al misterio de Dios, que son siempre sagrados, la situación tiene un gran interés porque plantea de una manera muy moderna el tema del encuentro directo con Dios, que producía ya tanto miedo al pueblo judío como al político de la entrevista, y que por el miedo, temor o respeto el mismo pueblo judío estableció decir que no se le podía ver cara a cara y que no se podía pronunciar su nombre.

Nuestra primera reacción cuando vemos una sombra de Dios, podría ser también la de huir. A diferencia de lo que ocurre con la tradición judía, desde Jesucristo, nos encontramos con Dios cara a cara y nos es mucho más asequible tener y desear una experiencia religiosa como parte de nuestra fe. El fragmento del evangelio de hoy nos lo explica cuando resume el encuentro de Jesús con el "que tenía un espíritu maligno" con esta frase: "Sé quién eres: el Santo de Dios".

Es con gran sorpresa, queridos hermanos y hermanas, que a menudo en el Evangelio encontramos estas confesiones tan fuertes de la identidad de Jesús de Nazaret, en personajes irrelevantes, en enfermos, en locos anónimos. Me sorprende cómo todo ello nos presenta un mensaje y una situación tan alternativa a lo que llamaríamos el pensamiento correcto, aquel que se nos cuele personalmente en nosotros como el que domina la sociedad.

Y es que la mayoría de nosotros vamos por la vida pensando que sabemos algo. El evangelio de hoy nos denuncia claramente esta presunción respecto Dios, esta actitud de pensar que podemos encontrar a Dios y reconocer a Jesús por nuestra preparación: A Jesús no lo reconocieron los escribas sino que lo reconoció primero un loco, un enfermo mental, alguien que necesitaba ser curado. Lo reconoció en la debilidad de su enfermedad, y la primera reacción fue de espanto porque seguramente estaba tan instalado en su manera de ser, aunque esta fuera una enfermedad, que le daba miedo un cambio: pero a pesar de todo lo reconoció como el Santo de Dios y, no sabemos si por eso o por la sencilla voluntad de Jesucristo de curarlo, fue curado.

A Jesús lo reconoció la gente normal de Galilea. Lo hicieron desde el principio de todo. No olvidemos que todavía estamos leyendo el primer capítulo del evangelio de San Marcos. Reconocieron que tenía autoridad. Esta autoridad que la teoría decía que tenían los maestros de la Ley, los "bien preparados"; quienes sabían muy bien que el pueblo esperaba un Mesías, un Profeta especial y diferente ya prometido por medio de Moisés como hemos leído en la primera lectura. Seguramente eran capaces de recitar de memoria todos los fragmentos de la ley que se referían al Mesías, y de hacer una exposición completa sobre las características que debía tener, de dónde había de venir, cómo se presentaría y mucho más. Pero cuando realmente llegó, lo reconoció otra gente: pastores, débiles mentales, un ladrón crucificado a su lado.

Tengo la impresión de que escuchamos constantemente en contextos muy diversos a muchos escribas especulando y juzgando sobre todo; pero no sólo no veo a Jesucristo en lo que dicen, sino que ni siquiera veo algo que merezca ser creída o tenido en cuenta, que nos reporte a algún tipo de verdad.

El evangelio de hoy nos dice que la gente de Galilea reconocieron en Jesús la autoridad: ¿Qué es autoridad? Autoridad viene del verbo latino augere, que significa hacer crecer, un autor es quien hace crecer algo de la nada. Tener autoridad es tener poder para hacer crecer. Esto es lo que reconocieron en Jesús los contemporáneos y compatriotas. La gente que lo oía y que lo veía actuar vieron que tenía la capacidad de hacer crecer. La palabra griega del evangelio para decir autoridad ex-ousia, viene a decir a lo mismo. Sacar fuera la esencia..., sacar lo mejor de nosotros mismos.

La reflexión y la contemplación del encuentro entre el "poseído" y Jesucristo me han hecho ver más claro cuán sorprendente es el Señor, que se nos puede hacer presente y provocar reacciones inesperadas: en el enfermo mental que reconoce a Jesús, una primera reacción de miedo ante la posibilidad de ser curado, es el miedo a cambiar que muchas veces nos invade a todos ... estamos tan bien en nuestras zonas de confort, de crecimiento controlado y no queremos que nadie, nadie, ni siquiera Dios nos desinstale. Jesucristo tiene esta capacidad de remover y en el Evangelio de hoy nos invita a convertirnos, a creer en él, a reconocerlo más allá del convencionalismo.

Sin ser siempre muy conscientes cada vez que le decimos una palabra a Dios, estamos reconociéndolo, estamos diciendo que es alguien para nosotros y nos dirigimos a Dios innumerables veces en nuestras vidas como la cosa más normal del mundo, hablando de tú o de usted, cantándole, utilizando oraciones de otras personas o propias... incluso muchos lo hacen en la soledad del silencio personal, sin palabras.

A esto lo llamamos tener fe, creer que Dios existe. Ser capaces de encontrarnos con Jesucristo y dejar que actúe, como en el caso del enfermo del evangelio de hoy. Esto, sea o no una experiencia religiosa, es lo que estamos celebrando una vez más este domingo en esta Basílica de Montserrat, compartiendo la palabra y la eucaristía.